



El jardinero de Wimbledon

HAY UNA RAZÓN por la que lo llaman «césped inglés». Nadie más en el mundo se preocupa tanto por tener un pedazo de tierra en perfectas condiciones, incluso aunque tal pedazo no mida más que unos pocos metros cuadrados y esté en el jardín trasero de una de las incontables e idénticas casas adosadas que forman interminables filas en las interminables calles de muchos barrios londinenses y de otras ciudades británicas. El césped tiene que estar perfectamente cortado, y ser suave como un almohadón; es obligatorio que sea de un verde radiante y cada hierba debe alzarse en una posición de firmes tan perfecta como la de los centinelas de la Guardia Real. En Inglaterra, el césped es la tarjeta de visita de una vivienda.

Bajo las palabras «All England Lawn Tennis and Croquet Club», la tarjeta de visita de Henry Evans dice solo «Encargado Jefe». Y es que Henry Evans es

el responsable del césped más famoso del mundo, una joya de la corona de Gran Bretaña: el césped de Wimbledon.

Todo profesional del tenis sueña con triunfar un día en la pista central del club, que fue inaugurada por el rey Jorge V en 1933. Wimbledon es el torneo de tenis más antiguo del mundo y uno de los cuatro del llamado Grand Slam, los grandes torneos del tenis mundial. El único de ellos que se juega sobre hierba. A finales de junio de cada año, durante dos semanas, millones de espectadores fijan los ojos en el césped de todos los céspedes.

Durante cincuenta años, Evans cuidó de la hierba de Wimbledon, que mide exactamente ocho milímetros de altura. Durante cincuenta años fue el jardinero de Wimbledon, el responsable del césped de dieciocho canchas de juego y veintidós pistas de entrenamiento, con la ayuda de diecinueve podadoras, siete rodillos y un ventilador, más un equipo de quince jardineros ayudantes que, durante los dos últimos años, incluye a una mujer.

Cada otoño, Evans sembraba personalmente la pista central, recortaba el césped tres veces a la semana y medía la firmeza de la superficie para establecer la cantidad exacta de agua requerida. A lo largo del torneo, cada día sin excepción, la hierba se corta dos milímetros exactos. Hay otros aspectos igual de importantes: la coloración y la densidad uniforme del césped, así como de las

frangas, que deben tener noventa y un centímetros de anchura, ni uno más, ni uno menos. Para protegerlo de visitantes no deseados, una valla electrificada rodea el césped y hay un vigilante nocturno.



Evans se sabe de memoria todos estos números y condiciones. Durante cincuenta años fue el rey de la hierba. La protegió del frío con mantas especiales. La peinó para asegurar que las briznas permanecieran rectas y no se curvaran debido a la humedad. Reparó los agujeros que dejaban los impactos de las pelotas a doscientos o más kilómetros por hora, para lo cual utilizaba una pasta de arcilla húmeda, cuya consistencia había ido perfeccionando año a año, década a década.

Y ahora Evans se retira. Podía haberlo hecho hace ya mucho tiempo, pero le era imposible decir adiós a «sus» pistas de tenis. Relata sus encuentros con la reina o con los jugadores, las estrellas de cine y los políticos, y los califica como «interesantes»; pero, en realidad, lo que de verdad le interesa es el césped. Tampoco le importa demasiado el propio tenis. Wimbledon tiene un significado concreto y muy especial para él...

De un retrato escrito, no terminado y no publicado.



1

Sobre el amor

TENGO VEINTISÉIS años y vivo en Hackney, encima de un restaurante indio de comida para llevar. No he salido de mi habitación en diez días, durante los que he sobrevivido exclusivamente a base del plato número cuatro: pollo al curry.

Hace más o menos un año me mudé de Nottingham a Londres. Todo empezó con una historia corta que había escrito y que titulé *Enamorado*. Era una historia real que me contó Bird, mi compañero de piso. Su propia historia. Un accidente de coche: habían pasado el fin de semana en casa de su amigo. Lisa quería ponerse en camino enseguida, pues el viaje de regreso les llevaría tres horas. Pero él quería jugar otra partida de póker, comerse otro perrito caliente, contar o escuchar otro chiste. Es de noche. Él conduce y Lisa duerme en el asiento del pasajero. Está agotado. Ella tenía razón, como siempre: debían haber salido antes. Durante una fracción de segundo, a Bird se le

cierran los ojos. Pierde el control del automóvil. Él sufre una mínima rozadura, nada más. Lisa muere. Sueña todas las noches con ella. Cada vez que se despierta, durante unos instantes sigue viva, el accidente no ha sucedido. Y esos segundos le dice lo que casi nunca le decía en su momento: te quiero. Bird envió *Enamorado* a la revista *The Paris Review* sin decirme que lo había hecho.

The Paris Review la publicó.

Y se produjo la llamada. De una revista nueva, *The Greatest*, un raro cruce entre *Interview*, *The Atlantic* y *The New Yorker*. Me preguntaron si estaría interesada en escribir una columna. Se llamaría *Sobre el amor*.

Edgar Parsons, el director editorial, había leído la historia y le habían encantado tanto el estilo como la narración en sí misma.

Me latía el corazón a un ritmo frenético mientras contestaba las preguntas del señor Parsons.

«¿Qué otras cosas había escrito?».

Nada.

«¿Qué hacía en ese momento?».

Trabajar en un *catering* y acudir a clase de historia en la universidad. Algo temporal, hasta... hasta descubrir qué era lo que quería hacer en realidad.

«¿Tenía pensado escribir un libro?».

No... Bueno, quizá. Lo cierto es que ni se me había ocurrido la posibilidad.

La verdad es que en ese momento no tenía planes de ninguna clase. Las opciones que podrían estar a mi alcance

iban desde trabajar en el zoo hasta abrir mi propio bar. Cada vez que se me ocurría una idea, me sentía muy confiada y alegre porque, por fin, tenía claro qué era lo que quería hacer con mi vida. Pero en realidad esas ideas seguían siendo sueños, apasionantes de entrada, pero que no tardaban en suscitar dudas cada vez más intensas. Hasta que, finalmente, las desechaba por completo y volvía a estar sin horizonte.

«¿Me imaginaba a mí misma viviendo en Londres?». Sí.

La idea de la columna era sencilla y atrayente: historias de amor reales. Tendría que entrevistar a personas de Londres, abordarlos en la calle, en cafeterías, o parques, o museos, y preguntarles por sus experiencias amorosas.

Gracias al señor Parsons, ahora sí que tenía una respuesta a la pregunta «¿A qué te dedicas?».

Mi nombre es Cara Marie Gibson y soy redactora de una revista.

Era una respuesta que no requería más explicaciones, una respuesta que pude dar con seguridad y orgullo durante algo menos de un año.

Edgar me invitó a cenar. Ya teníamos suficiente confianza como para tutearnos. Teníamos que hablar de algunas cosas, me dijo. Estaba entusiasmada. Puede que me informara sobre un aumento. No obstante, parecía algo tenso. Cuando empezó a hablar, tardé un buen rato en entender qué era lo que estaba intentando decirme.

Cambios en la revista... mayor contenido político... no era decisión suya, pues a él le encantaba mi columna, pero el editor quería algo distinto... corren nuevos tiempos... elecciones, conflictos, guerras...

—¡O sea, que ahora tengo que escribir sobre política?
—pregunté.

—No. Vamos a dejar de publicar tu columna.

—¿Y qué pasa conmigo?

Edgar me prometió tenerme en cuenta, porque le gustaba mucho mi manera de escribir. También me dijo que podría hacerme encargos como colaboradora externa.

—Deberías escribir un libro, Cara —sugirió.

—¿Sobre la guerra? —pregunté.

—No. Sobre el amor.

—Pero eso no parece relevante dados los nuevos tiempos que corren, ¿no?

—¡Vamos, Cara! —dijo, y me llenó de cumplidos. Dijo que escribía de maravilla y que mi forma de abordar a los desconocidos era inigualable.

—Todo eso está muy bien, pero me has despedido —concluí.



Al volver a casa no podía estarme quieta. No paraba de recorrer el minúsculo apartamento con el cerebro echando humo; tenía que hablar con alguien: Tom, mis padres,

Gaby, Chris. Llamar a todas las personas que conocía para decirles que ya no era Cara Marie Gibson, redactora de una revista.

Necesitaba una idea nueva. Quizá debería volver a considerar la posibilidad de trabajar en el zoo. Podría convertirme en veterinaria. Seguro que aún no era demasiado tarde para eso.

¿O quizá debería escribir un libro?

Hacerme guía de turismo y enseñar a la gente los monumentos y rincones de Londres. Soy graduada en Historia.

¿Cómo iba a pagar el alquiler? ¿Debía volver a Nottingham? ¿Trabajar otra vez en el negocio del *catering*? ¿Entrenar perros? Nunca había tenido un perro, aunque mi amiga Gaby sí. Y yo soy la única persona que le gusta a su perro *Simpson*, además de la propia Gaby, claro.

Me dejé caer en la cama sin hacer ninguna llamada. Tenía las piernas muy pesadas y la mente vacía.



Al día siguiente no me levanté de la cama. A las once en punto, la hora a la que abría el restaurante indio, llamé y pedí el número 4.

—Gracias, Cara. En diez minutos estará listo para llevar
—dijo Shamial.

—¿Me lo puede subir alguien a casa?

—El servicio a domicilio son tres libras cincuenta.

—Muy bien.

—Hoy estamos un poco vagos, ¿no? —preguntó Shamial.

—Sí.

No estaba preparada para contarle a nadie que mi columna había sido cancelada. Apagué el móvil y conecté un contestador a la línea fija. Ya respondería mañana las llamadas. Por lo menos las de mamá.

Sonó el teléfono.

«En estos momentos no puedo contestar el teléfono. Deje un mensaje tras oír la señal».

—Cara, soy Edgar. Llámame...

Agarré el teléfono.

—¿Sí?

—Ah, Cara, qué bien que contestas. ¿Cómo estás?

—Estaré mejor.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana?

Ni siquiera recordaba qué día de la semana era. En esos momentos solo podía pensar en la cama y en el número 4.

—Pues...

—Tengo un trabajo para ti.

Por un momento pensé que me volvería a encargar mi columna.

—Se llama Henry Evans. Es el jefe de jardineros de Wimbledon. Se ha encargado del mantenimiento de las pistas de hierba durante más de cincuenta años y se va

a jubilar. El All England Lawn Tennis and Croquet Club, que organiza el torneo, ofrece una cena en su honor. Irás a la cena el sábado y entrevistarás al señor Evans en su casa el domingo. Necesito un artículo sobre él el martes. Cuatro páginas.

—Pero si yo no sé absolutamente nada de tenis... ni de hierba —dije.

—En realidad se trata de un artículo de interés humano. Y además puedes aprender cosas sobre el torneo en Internet.

—¿Y cómo encajan Wimbledon y el jardinero jubilado en «los tiempos que corren»? —pregunté.

—Te pagaré ochocientas libras —respondió Edgard.

—Ah... pues entonces de acuerdo. Puedo escribir un libro entero si quieres.

Edgard rio con ganas.



2

Medio siglo

LA CENA TUVO lugar en el jardín de la Old Rectory, una casa de campo en Wimbledon que había pertenecido a Enrique VIII. Al parecer, cuando la adquirió, el rey estaba tan gordo que ni podía subir las escaleras, por lo que instalaron una cama para él en el vestíbulo principal.

El viernes fui a casa de Chris, mi mejor amiga, para usar su conexión a la red y así poder investigar sobre Wimbledon. De paso, bebimos cerveza y jugamos durante horas con la Play.

—Mañana no lo voy a entrevistar, solo observaré. Para hacerme una idea sobre cómo es. Pero es que ni siquiera sé cómo se cuentan los puntos en el tenis.

Ya eran las doce de la noche.

—Vale, pero este tal Henry no es jugador de tenis, ¿verdad? Es jardinero, me has dicho.

—Sí, pero qué menos que saber algo sobre el juego, lo básico...

—Pues vaya numerito que están montando por un jardinero, ¿no? —dijo Chris.

—Bueno, lleva trabando allí más de cincuenta años... En cualquier caso, algo tengo que saber de tenis, no voy a presentarme allí en blanco, ¿no te parece? No sería muy profesional.



No hice caso del código de etiqueta de la cena. Corbata oscura y color blanco las damas.

La única prenda de vestir blanca que poseía era un par de pantalones para correr. Eso sí, encontré en el armario un vestido de verano amarillo con lunares rojos. El amarillo y el blanco son prácticamente lo mismo, y para ser abril la verdad es que hacía mucho calor.

Cuatro transbordos en el metro para ir de Hackney a Wimbledon.

Enseñé la invitación en la entrada. Las cuatro azafatas de recepción me miraron sin suspicacia.

—No tengo ningún vestido blanco —dije en voz baja.

—¿Cómo...?

—No, nada. —Agarré una copa de la bandeja y me bebí el contenido de un trago.

Y así me pasé la media hora siguiente, bebiendo champán. Cuatro copas del tirón.

Me habían puesto en la mesa 27.

El caballero de mi derecha se presentó, y después el de la izquierda. Olvidé ambos nombres de inmediato.

—Cara Gibson —informé.

—¿Jugadora de tenis? —preguntó el tipo de mi derecha: gran estómago, calvo, mirada lasciva.

—No. Prensa.

El champán estaba haciéndose notar. Me sentía algo mareada y hasta olvidé por un momento qué estaba haciendo allí.

—Queridos amigos, amantes del tenis —dijo una voz—, nos hemos reunido hoy aquí para agasajar a una persona muy especial...

Simon Weatherhill, o Hillweather, miembro del All England Lawn Tennis and Croquet Club, se dirigía a los presentes desde una tarima. Puse todo mi empeño en enterarme de lo que estaba diciendo.

—Henry Evans... medio siglo... testigo de la historia...

En la mesa 1 estaba el aludido, Henry Evans, el jardinero de Wimbledon. Pese al pelo gris, las arrugas y algunas manchas en la piel, emanaba juventud. Sonreía con expresión algo ausente al escuchar las alabanzas, y me pregunté en qué estaría pensando.

Un aplauso unánime. Weatherhill, o Hillweather, invitó a decir unas palabras al hombre del día.

Henry Evans se puso de pie.

—Martin Luther dijo una vez: «Reza sobre lo que quieras, pero nunca reces más de cuarenta minutos seguidos». Como yo no soy el señor King, me atrevo a decir que en mi caso hasta cuatro minutos serían demasiado, tanto para un sermón como para un discurso. Les

agradezco a todos su presencia aquí. Casi no me puedo creer que hayan pasado cincuenta años y que ahora sea un viejo. Pero no reflexionemos sobre el paso inexorable del tiempo. Comamos, bebamos y pasémoslo bien.

Aplauso. De inmediato, abrieron el bufé.

Llené el plato, pero no volví a la mesa asignada. Lo que hice fue salir al jardín, iluminado con farolas, y sentarme en un banco. La comida era excepcional. Empanadillas, croquetas, pescado con patatas fritas, fruta, pastelitos, tartas, helados... todo muy en la tradición de Wimbledon, tal como pude oír a una mujer que se lo decía a su amiga.

—Una vez leí que cada año en el campeonato se consumen más de veintiocho toneladas de fresas y siete mil litros de nata.

—¡Madre mía, qué exceso! Los seres humanos no saben lo que es la moderación, ¿no te parece? —respondió la amiga muy convencida.

Cuando decidí que había terminado de comer, me sentí lista para más burbujas.

Localicé a Henry Evans entre la multitud y me planteé la posibilidad de presentarme a él. «En la cena, observa y hazte una idea de cómo es», me había dicho Edgard. Mientras paseaba por el jardín, lo seguí a unos metros de distancia. Daba la impresión de que quería escapar de los invitados, pero el pobre no daba cuatro pasos sin que se le acercara otro grupo de personas.

No sé cuánto tiempo pasé siguiendo a Henry, pero llegó un momento en que lo perdí. En cualquier caso, ya iba siendo hora de volver a casa. Fue una de esas situaciones en las que lamentaba mucho y me cabreaba estar siempre sin blanca. Me hubiera encantado llamar a un Uber. Volví la cabeza para mirar por última vez la mesa del bufé, ya sin nadie alrededor. Los platos y fuentes seguían repletos de comida, así que utilicé unas servilletas para envolver sándwiches, canapés y galletas y guardarlos en el bolso. Estaba totalmente embebida en la tarea cuando, de repente, escuché una risita queda detrás de mí. Miré para atrás.

Henry Evans.

—Lo... lo siento —balbucí.

—No tiene por qué disculparse —replicó.

—Pues entonces me voy.

—Me encanta su vestido —dijo.

—Gracias —volví a balbucir, y salí pitando.

¡Ojalá no me reconociera a la mañana siguiente!



Cuatro transbordos hasta Hackney.

Vacíé en el frigorífico el producto del saqueo. La lucecita roja del contestador parpadeaba.

«Hola, soy Chris. ¿Vas a venir o no?».

Marqué el número de Chris.

—Acabo de llegar a casa. Mejor lo dejamos para mañana. Estoy reventada.

—¿Cómo ha ido la cosa?

—Pues no lo sé... Buena comida y champán a espuestas. ¿Sabías que cada año en Wimbledon se consumen doscientas ochenta toneladas de fresas?

—¿Doscientas ochenta toneladas? ¿Estás segura?

—¡Claro!

—¿Pero tú sabes cuántas fresas son esa cantidad?

—Los seres humanos no saben lo que es la moderación, ¿no te parece?

—¿Estás achispada?

—Puede. Sí, un poco.

—Pues a la cama ya mismo. Y te digo yo que de doscientas ochenta toneladas, nada.

—Pues no te lo creas, allá tú. Buenas noches. —Colgué.